

EL NOVICIADO

A MI MADRE

Ya era tiempo, querida madre mía, de romper mi silencio prolongado, como ayer en su grata me decía.

Más ando por aqui tan endiosado, y tengo lo terreno en tal olvido, que, sí usted no me hubiera recordado,

Lo que en otra le tengo ya ofrecido, ni saliera de aqueste endiosamiento, ni cumpliera jamás lo prometido.

Tanta mi dicha es! tal mi contento en esta soledad grata y amena, oculta bajo el nombre de convento!

Pero ya que manda usted y ordena que le cuente mi austéra y dulce vida, en aquesta masión de encantos llena,

Voy á ver si, aunque sea de corrida, le describo con vívidos colores esta vida feliz y recogida,

Sin meterme en ocultos pormenores

que no hé de mencionar, por peregrinos, ni ocultarle tampoco los rigores,

Que, con la gracia y el favor divinos, en aquesta mansión quieta y callada practican los novicios Capuchinos.

Vea, pues, brevemente aquí contada en humildes tercetos mal formados esa vida feliz y retirada que aborrecen viciosos y malvados.

I

Cuando marca el reloj las cuatro y media, hora de la mañana silenciosa en que el sueño pesado nos asedia,

El crujir de matraca estrepitosa lo ahuyenta de mis ojos, al rüido de su voz estridente y poderosa.

Como es de regla aquí dormir vestido, despertar, saltar presto y arreglarme es cuestion de un minuto no cumplido.

Elevo á Dios la mente, al levantarme, y le pido después arrodillado que su gracia y amor se digne darme.

Me lavo en dos por tres; y ya aseado, arreglando mi celda espero suene la señal de que han todos acabado.

Cuando al padre maestro le conviene, hace el signo de aviso; nos formamos y á pasarnos revista afable viene.

Antes que den las cinco al coro vamos,

y ofrecemos las obras de aquel día al Señor, a quien fieles adoramos,

El Angelus decimos á María, y despues recitamos sin demora la de todos los santos letanía.

Terminada, pasamos una hora de Cristo los dolores meditando, y su muerte y pasion aterradora.

Unas veces contemplole sudando gruesas gotas de sangre allá en el huerto su caliz de amargura contemplando.

Otras veces lo miro casi muerto en la cruz afrentosa, ó azotado, herido, desangrado, casi yerto.

Ya le veo vilmente despreciado por la turba furiosa é insolente, ó con duras espinas coronado.

Y al verlo tan humilde é inocente, maltratado, lloroso, y escupído, siendo yo pecador el delincuente,

A sus plantas me postro compungido, y llorando mi vida extraviada. de mis culpas perdones mil le pido.

Una vez la oracion ya terminada, el coro dá principio al santo oficio, cantando Prima y Tercia en voz pausada:

Y antes que se acabe este ejercicio con las vestes sagradas preparado á ofrecer de la misa el sacrificio,

El ministro de Dios ha ya llegado al altar, do en la forma acostumbrada

el Cordero divino inmaculado,

Del Calvario la victima preciada, sacrifica; y nosotros la adoramos, cuando eleva la hostia consagrada.

Casi siempre en la misa comulgamos, y volvemos al coro reverentes, do á la dulce oracíon nos entregamos;

Alli damos las gracias mas fervientes, á Jesús, que de el hombre enamorado, nos visita entre blancos accidentes.

¿Quien no queda suspenso y admirado, viendo á Cristo su propio manjar hecho y en medio de su pecho entronizado?

Oh que pasmo! mi índigno y sucio pecho templo vivo es de Dios! y á su grandeza no parece ni lobrego ni estrecho. ¿Con que se pagará tanta fineza?

H

Bendiciendo de Dios la providencia, al sonar la señal del desayuno a la mesa nos lleva la obediencia.

Si por suerte aquel dia no es de ayuno, nos dan sobria racion; tan corta agrego, que a buen seguro está sobre a ninguno,

La faena y labor empieza luego para aquel que en la Orden Capuchina se llama por su dicha hermano lego.

Va alegre el cocinero á su cocina; á su humilde taller el carpintero; quien cuida del calzado á su oficina:

A la despensa marcha el despensero, el portero á su ingrata porteria, á pedir la limosna el limosnero.

Busca el buen sacristan su sacristia, contento el hortelano va á su huerta y el ropero á su pobre sastrería.

Todos alegres van; no hay quien advierta en ellos displicencia ó descontento, sino muy al revés, la dicha cierta

Que causa el interior recogimiento, mezclado de esa plácida alegría que es hija de algun santo pensamiento.

Los coristas rezamos cada día la devota y ternísima plegaria llamada oficio parvo de María.

Y despues á la celda solitaria pasamos á estudiar nuestras lecciones para dar luego bien clase diaria.

El maestro nos hace esplicaciones tan fervientes, que á veces se emociona, y las suelen cortar los graves sones

Del cimbal que cancion alegre entona y en los aires vibrando dulce nente á las once nos llama á sexta y nona.

Acudimos al coro prontamente, y al rezo de las horas va seguido qe conciencia un examen diligente.

Mide en él cada cual muy bien medido lo due tiene ó no tiene adelantado en la senda dificil que ha emprendido; Si es humilde, prudente y aplicado, fervoroso, callado, penitente, ó al reves, hablador y descuidado.

Y, si en algo se encuentra deficiente, en presencia de Dios su culpa llora y del yerro ó descuido se arrepiente.

Mas, si ve que aprovecha y que mejora, al Señor gracias da con alegria y otra vez su favor y auxilio implora.

Entre tanto há llegado el mediodia y tocan á comer; nunca comemos los novicios el pan de cada dia,

Sin que antes el alma alimentemos con algun ejercicio penitente que nosotros sabido nos tenemos.

Domado el propio amor, humildemente á la mesa nos vamos de seguida, y en ella de manera conveniente

Nos reparten los platos de comida dos hermanos de barba plateada, de presencia apacible y comedida.

La pitanza, si no es muy delicada, como no suele serlo de ordinario, es al menos bastante y aseada;

Pues la edad y trabajo aquí es tan vario, que por no hacerlo á nadie muy penoso, á todos hay que dar lo necesario.

En tanto que comemos con reposo, y yo con gusto y de temor ageno, no interrumpe el silencio rigoroso.

Mas que la clara voz y tono ameno

del corista que lee diligente un libro de piedad devoto y bueno,

Para que de este modo se alimente, con el libro y comida que tomamos, el espiritu y cuerpo juntamente.

De seguida al Señor gracias le damos, y el augusto y divino Sacramento en la iglesia ó el coro visitamos, con humilde y profundo rendimiento.

III

Así que este ejercicio concluimos, á la huerta nos vamos al recreo, en el cual nuestro espíritu esparcimos.

Mientras unos recorren el paseo, otros varios cultivan lindas flores, y en el mismo trabajo yo me empleo.

Cultivo las de más gratos olores, para luego llevármelas al templo á los pies del Amor de mis amores.

Muchas veces ufano las contemplo, y, admirando sus formas y estructura suelo de ellas tomar algun ejemplo.

La azucena de nítida blancura me enseña la virtud de la pureza con su olor, su fragancia y hermosura.

La violeta escondida en la maleza me enseña la humildad; pues ve sin susto del empinado cedro la grandeza.

Tambien al girasol miro con gusto,

y en su flor, que del sol la luz codicia, veo bien retratado al varon justo,

Que mira siempre con igual delicia á la luz de divinos explendores, á Jesús nuestro bien, Sol de justicia.

La rosa con su aroma y sus colores de su propia hermosura envanecida, aspirando al imperio de las flores,

Me dice los engaños de esta vida, de la cual fugáz tiempo nos despoja, como el aire á la rosa mas pulida:

Empieza á marchitarla, estando roja, y, en un triste mo nento, decidido sopla el cierzo crüel y la deshoja.

En tanto que asi ando divertido, ó bien con los hermanos paseando, ó bien entre las flores distraido,

La hora del silencio va llegando, al sonar la señal enmudecemos, y á la celda subimos meditando.

De la una á las dos siempre tene nos descanso con silencio rigoroso, y con él nuestras suerzas reponemos.

A las dos toca el bronce sonoroso á visperas; y así que se han cantado, á la Virgen rezamosle con gozo

El Rosario; despues de recitado hacemos un buen rato de lectura en la sala interior del noviciado.

De seguida á la Virgen santa y pura obsequiamos su oficio completando;

y despues, . . . á estudiar literatura, facultad que ahora estamos repasando.

IV

En gustosa leccion las horas paso en la pobre y tranquila celda mia, hasta llegar del sol el triste ocaso.

Entonces en amor y compañia á rezar las completas todos vamos, dando fin al oficio de aguel dia.

Las verdades eternas meditamos una hora seguida: miro ufana á la muerte, á la cual nos acercamos.

Ya pienso que la siento no lejana, ansiosa de dejar mi cuerpo inerte, reduciendolo á polvo y sombra vana.

Ya pienso cual sera mi triste suerte en el duro jüicio inexorable que sigue sin remedio á nuestra muerte.

A la mansion del llanto interminable con la mente desciendo, y me consterno, al mirar el tormento perdurable,

El suplicio, el horror, el fuego eterno que el Señor exprofeso ha preparado, en los antros oscuros del averno

Para el malo que muere en su pecado, despreciando las gracias y favores que para su bien Dios le habia dado,

Otras veces despido estos temores, me traslado á la gloria que esperamos, pensado en sus dichosos moradores.

La oración de la tarde terminamos, y hacemos colacion, ó parca cena los dias que en semana no ayunamos.

El maestro de seguida nos ordena un rato de expansion, que él hace grata con su presencia y con su parla amena.

Unas veces divinamente trata de la regla y su místico sentido, de un modo tan sublime que arrebata.

Otras, con el rostro ya encendido, nos habla del camino tan estrecho que en la tierra los santos han seguido.

Nos despide, y yo marcho satisfecho á pedir á la Virgen me bendiga y á buscar el reposo de mi lecho;

De mi lecho, que, en buen hora lo digal aunque es dura tarima, nada leve, alivia de mi cuerpo la fatiga.

De ordinario me acuesto hácia las nueve, y antes que de su curso recorrido la primera mitad la noche lleve,

Me despierta á maitines el ruido de la enorme matraca que usted sabe, como arriba le dejo referido.

De los miembros sacudo el sueño grave; alegre y diligente al coro vuelo para que en él mí voz á Dios alabe.

Empezamos, besando el duro suelo, á las doce; y unimos nuestras preces á las mismas que cantan en el cielo, La una y una y media dan á veces, y el oficio divino no termina; más no largo por eso me parece.

Sigue luego una buena disciplina que semeja el ruido... Mas callemos lo interior de la vida capuchina!

Mas humildes y mansos que queremos á la celda volvemos desde el coro á domir otro rato, sí podemos.

Yo en la mía me postro, y allí lloro, recordando que niño me olvidaba, de la excelsa Beldad que ahora adoro.

Y que, pobre de mí! solo cantaba las bellezas del mundo fementido que falso y seductor me encandilaba.

Con este pensamiento, compungido me suelo recostar, y el sueño aplaca mis pesares, dejándome adormido.

Pero pronto la voz de la matraca otra vez á las cuatro y media suena, y del sueño gratísimo me saca, para empezar de nuevo la faena.

V.

Tales son mis tareas de ordinario; mas los días de fiesta llegan luego, y los suelo pasar mas solitario,

Como son eso días de sosiego, unas veces con plácida alegría á la santa oración algo me entrego. Otras busco la grata compañía de los libros, mis dulces compañeros que me sirven de luz, de norte y guía.

Ellos son mis mejores consejeros, que sin viles lisonjas ni reparos corrijen mis defectos verdaderos.

Ellos son mis amigos los más caros; jamás me lisonjean ni me adulan, y al hablarme y reñirme son bien claros.

Ellos son, otrosí, los que regulan mis acciones de un modo inmejorable, y al bien siempre me incitan y estimulan.

Ellos la soledad me hacen amable, y me colman de grandes beneficios con su santa lección siempre agradable.

Con estos venturosos ejercicios vivo alegre y feliz en el convento entre mis numerosos connovicios.

Y vivo tan feliz, que solo siento el haber tanto tiempo resistido al del cielo divino llamamiento.

De aquella resistencia arrepentido y, aspirando á grandezas soberanas, profesar y morir á Dios le pido.

Contar suelo los meses y semanas que me faltan para eso todavía, y aun las tardes, las noches y mañanas.

Mas al fin llegará el dichoso día de la mi profesión tan deseada, y quiero verla en ella, Madre mía.

Pida mucho á María Inmaculada

que me alcance del Todopoderoso esa gracia de mi tan codiciada.

Cuando sepa ese día venturoso, con tiempo le pondré cuatro renglones, que pienso escribiré con sumo gozo.

Entretanto, copiosas bendiciones pide á Dios para usted, Madre y señora, en sus tibias y pobres oraciones. este hijo que la quiere y que la adora.

Sanlúcar Barrameda 1 Mayo 1880.





Á MI MADRE

H

Madre, sali con tal prisa de Sanlúcar Barrameda, que ni tiempo tuve entonces. para escribirle dos letras.

El cartoce del pasado me entregaron la obediencia, y el mismo día á las cuatro partía para estas tierras.

El tren marchaba volando por las llanuras inmensas de Jerez y de Lebrija, de los Palacios y Utrera.

Con presteza dimos vista

á la hermosa y fértil vega, donde la sin par Sevilla sus altas torres ostenta.

Por las orillas del Bétis el de apacible, risueña y adormecida corriente que los pesares alegra;

Por las extensas llanuras de esa dilatada vega que los árabes poblaron con orientales palmeras;

Caminamos presurosos hasta llegar á la Sierra que por su verdor negruzco lleva el nombre de Morena.

Pronto á Córdoba alcanzamos, á Córdoba patria egregia de Eulogio, Osio y Gonzalo, de Góngora y Juan de Mena.

Y seguimos caminando por las faldas de su sierra, dejando atras á Montoro. á Hiliturgis y á Baeza.

Vimos en Despeñaperos la enorme sima y las grietas que el río Magaña forma en lo interior de las peñas.

Al entrar ya de la Mancha en las llanuras inmensas, volviendo hacia atras la vista me despedi de mi tierra. De esa tierra deliciosa, hermoso jardín de Iberia, patria de héroes insignes y madre de los poetas.

El desapiado tren, sin escuchar mis querellas, me llevaba presuroso á dar vista á Valdepeñas;

Y despues á Manzanares, y luego á la hidalga tierra, que produjo á D. Quijote, segun Cervantes nos cuenta.

Oh que aspecto el de la Mancha! no ví en su agostada tierra los olivos y naranjos de las béticas praderas.

De vez en cuando una torre se divisa á las mil leguas, cual se divisa en los mares una hermosa y blanca vela.

Y luego nubes de polvo, una soledad desierta, algun molino de viento, ó algun rebaño de ovejas,

Hasta llegar de Toledo á las escarpadas sierras y á sus fértiles llanuras que otra vez la vista alegran.

Pasamos el régio sitio de Aranjuez, ciudad amena, cuyos bosques y arbolados el Tajo y Jarama riegan.

Llegamos á descansar á Madrid, corte opulenta de Reyes, que en otro tiempo dieron ley á mar y tierra.

Despues de corto reposo volví á la marcha, y en ella saludé á Alcalá de Henares, Guadalajara y Sigüenza.

Creo que me salió el sol en tierras aragonesas, al entrar de Zaragoza en las campiñas amenas.

Pase por Calatayud, me detuve en las Casetas, y despues no paró el tren hasta llegar á Tudela.

El 17 á la una Llegué fatigado á esta, con mas sueño que un sereno, sí toda la noche vela.

Esta ciudad de Pamplona es una gran fortaleza de muros inespugnables que casi da miedo el verla.

Es patria de grandes hombres en las armas y en las letras, cuna de santos ilustres y prelados de la Iglesia.

Nuestro espacioso convento esta sito en las afueras

sobre la orilla del Arga que sus viejos muros besa.

Circuido de arbolado y con una hermosa huerta, me parece una Cartuja de aquellas de la edad media.

Aquí me traen mis prelados á proseguir la carrera, y hasta que no la concluya esta será mi vivienda.

Ya hemos empezado el curso, y el curso es cosa tan seria, que ya me quitan el sueño filosóficos problemas.

Esta vida, madre mía, tiene mucha diferencia con aquella que llevaba en Sanlúcar Barrameda.

Allí era todo rezar, aquí estudiar con firmeza; allí buscar la virtud, aquí procurar la ciencia.

Estudiamos ocho horas cada día, incluso en ellas las dos que mañana y tarde en la cátedra se empiean.

De filósofos antiguos tengo la cabeza llena, y de filósofos nuevos estoy hasta las orejas.

Sin embargo he de estudiar

con todas mis pobres fuerzas, porque así lo quiere Dios y lo manda la obediencia.

Voy á suspender la lira. en el techo de mi celda, y hasta no ser Sacerdote quizá no pulse sus cuerdas.

Estudiar y ser muy bueno, adquirir virtud y ciencia, son mis ansias; quiera Dios que frutadas no me sean.

Está demás el decirle que mi vida es tan amena, tan sosegada y tranquila que nada envidio en la tierra.

Aquí no reina el engaño, ni la ilusion pasagera, ni esos sueños de que el hombre solo en la tumba despierta.

Todo aquí es paz, todo gozo, todo conforta, consuela y me ayuda á proseguir la ya comenzada senda.

Aquí en esta soledad, lejos de mi amada tierra, vivo con tanta alegria, como si estuviera en ella.

Que este mundo es un destierro, valle de llanto y miseria y solo aspiro á vivir en la Patria verdadera. Adios! adorada madre; mi corazon va con esta y un abrazo de su hijo que la quiere muy de veras.

Pamplona 30 de Octubre de 1881.

